

# LA REVOLUCION FRANCESA Y LOS ENCICLOPEDISTAS

P o r R A U L R A N G E L

*Conferencia sustentada en la Estación XEXX, Radio Universidad Nacional, en el aniversario de la Revolución Francesa.*

ES sino y necesidad de una época histórica contener los últimos elementos de su contradicción; llevar en su entraña la savia delicada que alimenta la madurez y podredumbre del fruto. La más clara muestra de este sentido de la historia es el siglo XVIII. Todo lo que en el seno del alma individual y colectiva europea viene preparándose desde el Renacimiento cobra en ese instante la fisonomía dramática, que es siempre, en la historia, preludio de revolución, el momento en que se tocan las formas extremas de la decadencia y muerte de un mundo agotado con el nacimiento y alegría de un mundo nuevo. Conviven en este siglo dos formas extremas de expresión, cuya raíz se inserta en el Renacimiento; la última y suprema expresión del espíritu feudal y la nueva agresiva pretensión de la burguesía a la dirección política de los Estados. El despotismo absoluto y la revolución francesa de 1789. La obra ya madura del feudalismo, su más completa y acabada expresión unida en el siglo al violento estallido del tema contemporáneo; la obra y misión de la burguesía. En medio de los acontecimientos y participando de su lucha el espíritu de la "Ilustración" y una de sus más peculiares obras: la Enciclopedia.

No es un azar, por lo demás, que estos acontecimientos se hayan producido en Francia en su significación más aguda y violenta. Al término de la Edad Media dos fuerzas sociales tomaron sentido y vida independiente; el poder fincó en la tierra, en la servidumbre y jerarquías medievales; y el nuevo poder de los hombres que se asienta en la economía monetaria, en las mercancías y la manufactura. La primera—nobleza feudal nutrida en la situación económica y social de varios siglos anteriores— vigorosa y apta para aprovechar, libre y personalmente, los nuevos frutos de la historia. La segunda—burguesía in-

ciente y débil— obligada a rastrear las rutas históricas de aquélla.

Pero la historia no se entrega gratuitamente, sin esfuerzo, a la seducción del primer aventurero. El poder feudal tuvo que ganar a pulso la eminencia del tiempo. Con energía violenta y decisiva se desprende de los viejos poderes de la Edad Media, el Imperio y el Papado; en el interior, conquista su puesto histórico mediante el aniquilamiento de los pequeños señores y unifica el Estado política y territorialmente. Esta hazaña—porque lo es en verdad—del feudalismo europeo logra en Francia un relieve sin igual. La imperiosa necesidad del feudalismo—superación de sus formas, encumbramiento a una expresión más elevada que no contradijera su íntima esencia—reviste en la historia francesa proporciones de grandeza. Una minoría enérgica y audaz, encarnada en la casa real, favorecida por circunstancias político y sociales adecuadas, va empujando la historia del feudalismo francés hasta los límites de omnipotencia que alcanza con Luis XIV. Es el siglo XVIII el que puede contemplar el espectáculo de Europa absorta en el lujo y magnificencia de la corte de Versalles, sostenida por un poderoso Estado Central estructurado en forma feudal. Pero, es el mismo siglo XVIII el que contemplará las escenas tumultuosas de la Bastilla y el escueto y pardo perfil de la guillotina.

Mientras el feudalismo iba camino de realizar su misión histórica, la burguesía se nutría a la sombra de aquél y sobre la base misma de las peripecias que llevaban a la altura el poder de los reyes. Una vez más, se cumplía el destino de que toda fuerza elevada a las cumbres de la historia crea las bases mismas de su destrucción y su ruina. Apoyándose en la línea política que la trayectoria del tiempo imponía al feudalismo, la burguesía aprovechaba en su favor las guerras de los Estados, la ambición de los príncipes y las empresas de colonización de los territorios descubiertos.

Pero, no solamente las condiciones económico-sociales eran favorables a los nuevos propósitos, también un espíritu uniforme en sus fines va abriendo en el camino de la Cultura el triunfo de la Revolución. Desde el Renacimiento vienen preparándose los ánimos para el advenimiento de un nuevo sentido del mundo. El hombre es arrojado de su pretenciosa situación como centro del Universo. Los fenómenos naturales se reducen a fuerzas sometidas a la ley y necesidad físicas. El hombre, desposeído de un mundo que imaginaba saturado de divinidad, se refugia en su desnuda intimidad para encontrar en sí mismo el sustento de sus conocimientos, la fuente que alimenta su fe y alegría, así como su convicción de un mundo más perfecto.

Si todo esto era una corriente ininterrumpida que va de Copérnico y Galileo a Kepler y Newton, de la concepción del Universo de Giordano Bruno a la filosofía de Locke, a través de Bacon y Descartes, esto no resta méritos a la filosofía francesa del siglo XVIII que organiza y da valor peculiar a todo lo adquirido para lanzarlo a la conquista de las nuevas perspectivas de la sociedad y la cultura.

En esta magna lucha de la inteligencia francesa contra los muros espirituales que defendían el viejo régimen, le toca un puesto de vanguardia a los autores de la Enciclopedia. El grupo de los enciclopedistas, el matemático D'Alembert a la cabeza, Diderot, Turgot, Voltaire y Rousseau, en un principio, articulan las exigencias espirituales de su época con el inaplazable propósito de la burguesía y en su obra; la "Enciclopedia" o "Diccionario razonado de las Ciencias, las artes y los oficios" dan la primera gran batalla de la Revolución.

Al modo de la historia política del siglo, la historia del pensamiento francés del dieciocho se estructura en forma polémica radical. Lo mismo combate las exigencias arbitrarias de la Iglesia que las del poder feudal. Firmemente convencido de que la dignidad humana radica en la Razón, no respeta fuero o privilegio político ni espiritual que la contradiga. Y es precisamente con esto que ayuda al movimiento revolucionario de la burguesía.

No es una mera coincidencia del destino que el siglo en que Inglaterra asienta definitivamente

su imperialismo, haya producido la filosofía de Locke y Hume y el sistema económico de Adam Smith.

En un mundo cargado, hasta el exceso, de oposiciones políticas, como lo es el mundo francés del siglo XVIII, cruzan finas y relampagueantes las diatribas de Voltaire. La "Enciclopedia" con su espíritu crítico y racionalista se adueña de los ánimos oprimidos, y Rousseau con su vivo entusiasmo remueve las adormecidas fuerzas sociales. Cierto que en la atmósfera del tiempo perduraban demasiados hábitos del viejo régimen para que los espíritus se movieran con entera libertad y soltura; en muchos de ellos se rastrea con facilidad el aliento del absolutismo, pero por las obras de Rousseau corre ya, vivo, el ímpetu alegre y devastador de los jacobinos.

A pesar del lastre con que el siglo cargaba los espíritus, cuando la Revolución dió a la República una Constitución, como modelo para los pueblos del mundo, de una organización política fundada en la razón, pudo pensarse con verdad que el espíritu de los enciclopedistas presidía las sesiones revolucionarias.

Claro ejemplo del destino grave y eficaz de la inteligencia es la obra de los pensadores franceses del siglo XVIII. En presencia del conflicto histórico inaplazable, de las presiones sociales contrapuestas, toda su obra se ciñe al propósito de concentrar los resultados del pensamiento universal, en la tarea de abrir las compuertas históricas al inminente oleaje revolucionario, de ceder paso a una nueva forma de la historia en donde habrían de florecer la vida y la cultura del hombre con mayor entusiasmo y alegría.

Montada en el pretil transitorio de este aniversario nos llega a nosotros, hombres del siglo XX, la cordial e imperativa advertencia del pensamiento político francés. En homenaje al destino ilustre de la inteligencia francesa del siglo XVIII, declaremos nuestra adhesión al alto deber político de la inteligencia de hoy; de hoy, en que, al igual de entonces, la conciencia del hombre y las líneas de la Cultura se conmueven al límite de una catástrofe en la lucha política de un sistema ya sin alma, amarillento y seco, con un nuevo mundo, donde, tal vez, las voces no se alcen en concierto, pero que surge como una viva y alegre llamada de las almas.